

el atropello de Somolinos, como el asesinato del que fué muerto en otra calle pública?

"¡Ay! El asesinato de Prim, ¿será una consecuencia del asesinato de Azcárraga?

"Gobierno del Regente! ¡Cuán grande, cuán inmensa será la responsabilidad que pese en su día sobre tí!

"Una sangre llama otra sangre.

"Una vida llama otra vida.

"Un asesinato llama otro asesinato.

"Los disparos se hicieron diagonalmente, para no herirse los que disparaban. Todo estaba previsto; todo meditado.

"¿Qué sentiría D. Juan Prim cuando vió el trabuco, cuando oyó el ruido del vidrio, cuando apercibió el acento bronco que les decía: "Prepárate, que vas á morir?"

"¿Qué sentiría cuando vió el resplandor de aquellos ojos?

"Milton dice que en el infierno hay ciertas luces para hacer ver las sombras. Así debe ser el resplandor de la mirada del asesino. Deberá ser un fulgor negro, arraucado por el demonio á las tinieblas de su alma.

"Luego que dispararon los dos grupos, no se oyó un rumor. No pasa nadie. Nadie lo oye; nadie lo ve; no parece sino que la calle de Alca-

lá está en un desierto, ó que Madrid es un campo-santo.

"Los malhechores desaparecen con la mayor calma, no habiendo querido perder ni las herramientas de su alevosía. Sus capas ocultaban sus trabucos. No hay ejemplo en la vida de que el asesino que mata no arroje su puñal. Los asesinos de la calle del Turco guardaron sus puñales. ¡Qué seguros estaban de no ser perseguidos ni molestados!

"¿Había caballos cerca de la fuente de Ciboles? No.

"¿Hubieron acaso de Madrid? No.

"¿Corrieron? No.

"Pues ¿quién los guardaba? No se sabe.

"¿Quién los ocultaba? No se sabe.

"En la esquina de la calle de Alcalá puso un asesino la mano para limpiarla, porque quizá se le había manchado un fregonazo. Por la mañana apareció le mano en aquella pared, como si estuviera pintada con pólvora. La policía hizo mal en borrarla. Aquella mano debería estar allí. Todo Madrid la debía ver. A noticia de toda España debía llegar que anda por Madrid una mano: UNA MANO NEGRA."

Los católicos compadecemos á Prim, tanto más cuanto que hay motivo para suponer murió sin cumplir sus últimos deberes de cristiano.

El Universal, periódico revolucionario, al dar cuenta de los últimos momentos del general, decía:

“Su último pensamiento, su última palabra ha sido para la obra en que empleara todo su talento, toda su energía, por ver en ella la consolidación de la libertad.

“*Há muerto sin manifestar esas debilidades propias del que abandona la vida*; ha muerto, siendo hasta el último instante el general Prim de siempre.”

Hablando de sus funerales *La República Ibérica*, decía lo siguiente, en el número del día 5 de Enero de 1871:

“La masoñería española cumplió ayer uno de sus tristes deberes, depositando sobre el féretro que encierra el cadáver de su h.º el general Prim la corona de acacias y los signos distintivos y simbólicos que le correspondían.

“Reunidos gran número de h.º h.º más.º en el templo de *la Mantuana*, salieron juntos á la Iglesia de *Atocha* y allí rodeando el lecho mortuario sobre que descansan los restos del general Prim, y previos los pasos, signos y baterías de

rito, cumplieron su triste misión, no habiendo podido, sin embargo, llenar todas las solemnidades y pormenores del acto, porque estando materialmente atestado el templo de curiosos, hizo hasta imposible disponer del espacio necesario para ejecutar ceremonias.

El Sr. La Fuente, refiriéndose á esto mismo, dice:

“Persona que vió su cadáver, y que merece completo crédito, me asegura que entre las bandas que llevaba sobresalía una azul, que en la parte inferior ostentaba un compas y una escuadra, y en el centro el nú.º 33.”

España entera recibió la noticia del asesinato de Prim, como todos los pueblos que presenciaron el castigo de un tirano.

Los católicos todos exclamamos unánimes: “¡Justicia de Dios!”

Luis Veuillot, el gran adalid del Catolicismo en Francia, dijo: “El puñal se ha prostituido matando á Prim.

XXV.

Napoleon III, Emperador de Francia.

(MURIO AÑO 1873 DE N. S. JESUCRISTO.)

Su nombre solo basta para acrelitarle como uno de los mayores y de los más astutos é hipócritas perseguidores de la Iglesia, de la que siempre se fingió protector.

Su política, encaminada primeramente á elevarse de la nada al consulado, y del consulado al imperio, no tuvo despues otra norma que la de asegurar su dinastía, aumentar el predominio de Francia en el concierto de las potencias europeas, aun á costa de guerras altamente injustas, que causaron al pueblo francés males sin cuento, y por último hacer de Italia una potencia poderosa, que neutralizase el poder de Austria, que por tantos años fué su rival más temible.

Pero el gran crimen de Napoleon fué la desmembracion primero, y despues la destruccion

del poder temporal del Papa, que la Providencia, en sus altos designios, castigó con la caída del usurpador, precisamente cuando se lisonjaba de llegar triunfante hasta Berlin.

Abandonado de Dios en los dias en que, retirando la guarnicion de Roma, abandonaba al Papa, fué en un mismo dia vencido, prisionero y destonado. El miedo de perder la Corona le hizo olvidar sin duda que debió su eleccion de cónsul á haberse mostrado favorable al poder temporal del Papa cuando en 1848 fué tan combatido por los demagogos de Italia.

No obstante, aquellas protestas de Napoleon y los auxilios que entónces prestó á la Santa Sede, no fueron sinceros ni eficaces, y testimonio fehaciente así lo demuestran.

En efecto: los periódicos franceses publicaron, pocos dias antes de las elecciones para presidente de la república, cuando la opinion en Francia se manifestaba favorable al Papa, los documentos siguientes.

“PARIS, 2 Diciembre de 1848.

“Señor redactor. Sabiendo que ha causado extrañeza mi abstencion en el voto relativo á la expedicion á Civita-Vecchia, creo deber decla-

rar que, estando dispuesto á apoyar todas las medidas propias á garantir eficazmente la libertad y la autoridad del Sumo Pontífice, no he podido apoyar con mi voto una demostracion militar que me parecía peligrosa aun para los sagrados intereses que se quieren proteger, y que podia comprometer la paz de Europa.

“Recibid, señor, etc.—*Luis Napoleon Bonaparte.*”

“Monseñor (1): No quiero dejar se confirmen para vos los rumores que tienden á hacerme cómplice de la conducta que observa en Roma el príncipe Camino.

“Desde hace mucho tiempo, yo no tengo ninguna clase de relaciones con el hijo primogénito de Luciana Bonaparte, y deploro con toda mi alma no hya comprendido que el sostenimiento de la soberanía temporal del Jeje de la Iglesia estaba íntimamente ligado al brillo del Catolicismo, como á la libertad é independencia de Italia,

“Recibid, monseñor, etc.—*Luis Napoleon Bonaparte.*”

(1) Esta carta iba dirigida al Nuncio apostólico en Paris, y fué publicada en el *Journal des Débats* del 9 de Diciembre de 1848.

El general Cavaignac, competidor de Napoleon en aquellas elecciones, se abstuvo de manifestarse favorable á la soberanía temporal del Papa, y Napoleon fué elegido presidente de la república.

No obstante, siete meses despues, y á consecuencia de las dificultades suscitadas entre el general Oudinot y el señor Lesseps, ministro de Francia en Roma, que oponia serios obstáculos á las operaciones militares contra Roma, Napoleon escribió al coronel Ney la siguiente carta:

“ELISEO NACIONAL, 18 de Agosto de 1849.

“Mi querido Ney: La república francesa no ha enviado un ejército á Roma para ahogar allí la libertad italiana, sino al contrario, para regularizarla, preservándola de sus propios excesos, y para darle una base sólida, restableciendo en el Trono pontificio al Príncipe que fué el primero en colocarse resueltamente á la cabeza de todas las reformas útiles.

“Yo sé con pena que las intenciones benévolas del Padre Santo, como nuestra propia intervencion, son estériles ante pasiones é influencias hostiles. Se queria establecer como base para la vuelta del Papa la proscripcion y la tiranía. De-

cid de mi parte al general Rostolan, no debe permitir que á la sombra de la bandera tricolor se cometa ningun acto que pueda desnaturalizar el carácter de nuestra intervencion.

“Yo resumo así el restablecimiento del poder temporal del Papa: *Amnistía general, secularización de la administración, cédigo Napoleon, y gobierno liberal.*”

“Yo me he sentido personalmente ofendido con la proclamacion de los tres Cardenales, al ver no se hace en ella mencion del nombre de Francia ni de los sufrimientos de nuestros bravos soldados.

“Todo insulto hecho á nuestra bandera y á nuestro uniforme me va derecho al corazon. y yo os ruego hagais entender bien que si Francia no vende sus servicios, exige al menos que se aprecien sus sacrificios y su abnegacion.....”

“Recibid, etc.—*Luis Napoleon Bonaparte.*”

Así empuñó Napoleon la gran obra de restauracion llevada á cabo con el concurso de las potencias católicas, que España tuvo la gloria de iniciar.

El ejército francés habia vencido á la revolucion romana; pero Napoleon transigia con ella desde el momento que imponia condiciones á la

restauracion de la soberanía temporal de los Papas.

No obstante, el Padre Santo no quiso volver á Roma sino en la plenitud de su independencia y su soberanía; la opinion católica se impuso, y Pio IX entró en Roma el 12 de Abril de 1850.

La carta programa dirigida al coronel Ney desapareció de la escena política con los ministros que no habian sabido sostenerla; pero seis años más tarde aquel programa reapareció en el Congreso de París de 1858.

Aquel Congreso dió el primer paso para el despojo del Papa, y fué un remedo del concilio celebrado por los escribas y los ancianos en casa de Caifás para condenar á Jesucristo. Allí vimos al César en la Revolucion, á Caifás en Victor Manuel, y en Napoleon á Pilatos.

En efecto: Napoleon acaso estaba convencido de la justicia y conveniencia de la soberanía temporal del Papa; acaso trabajó por sostenerla, pero acaso abandonó al Justo, porque, procurador en Francia por la revolucion César en la pasion del Vicario de Cristo, no se atrevió á disgustar al César,

Allí, como en Jerusalem, se pusieron á discucion la verdad y el derecho, tenazmente comba-

tidos por sus enemigos, y débilmente defendidos por los que se proponían sostenerlos.

La insurrección de Bolonia, el ofrecimiento de la ciudadanía de las Legaciones á Víctor Manuel; la anexión de aquellas provincias al Piemonte, y el aplazamiento de la ejecución de la base del tratado de Villsfranca, que consignaba la restitución de la parte de los Estados Pontificios anexionada por Víctor Manuel, son hechos gravísimos, en los cuales Napoleón aparece, ya que no como autor, al ménos como cómplice.

La publicación del folleto *El Papa y el Congreso*, y la carta que Napoleón III dirigió al Papa nueve días después, confirmaron los temores de los católicos, y demostraron que Pío IX solo tenía en el Emperador de los franceses un enemigo astuto é hipócrita, ó un protector pusilánimo ó cobarde.

“Los hechos, decía en la carta citada, tienen una lógica inexorable; y á pesar de mi adhesión á la Santa Sede y de la presencia de mis tropas en Roma, yo no podía eludir cierta solidaridad en los efectos del movimiento nacional provocado en Italia por la lucha contra Austria.

Después de hablar de los inconvenientes de una intervención, dice:

“¿Qué resta, pues, que hacer? Porque al fin esta incertidumbre no puede durar siempre. Después de un exámen detenido de las dificultades y de los peligros que presentaban diversas soluciones, lo confieso con sincero pesar, y por triste que sea la solución, lo que me parece más conforme á los verdaderos intereses de la Santa Sede sería hacer el sacrificio de las provincias sublevadas. Si el Padre Santo, por el reposo de Europa, renunciase á estas provincias que desde hace cincuenta años suscitan tantos obstáculos á su gobierno, y pidiese en cambio á las potencias le garantizasen la posesión del resto, no dudo del restablecimiento inmediato del orden. Entonces el Padre Santo aseguraría á Italia reconocida la paz durante largos años, y á la Santa Sede la posesión pacífica de los estados de la Iglesia.”

El Papa contestó á esta carta, basada en argucias de conveniencia, con otra admirable, fundada en razones de derecho y de justicia; pero como la fuerza, representada por Napoleón y Víctor Manuel, estaba enfrente del derecho, representado por Pío IX, la fuerza se impuso al derecho, y la usurpación de las Romanas fué consumada.

Pocos días después, el 19 de Enero de 1860,

el Papa se dirigió á la Iglesia en una notabilísima Encíclica, en que, piñtando la situación de la Santa Sede y los peligros que la amenazaban para el porvenir, encargaba á los fieles pidiesen á Dios por su Vicario.

Con este motivo, la política interna del emperador de Francia se manifestó claramente, porque *L'Univers* fué suspendido de órden del gobierno francés por haber publicado el documento pontificio, y el 1.^o de Abril del mismo año el *Moniteur* publicaba esta advertencia:

“El gobierno cree debe recordar en las circunstancias actuales la siguiente disposicion de la ley orgánica del Concordato:

Ninguna Bula, Breve, Rescripto, decreto, mandato, prevision ni otros documentos de la Corte de Roma, aun los concernientes á los particulares, podrán ser recibidos, publicados, impresos ni ejecutados en otra forma sin la autorizacion del gobierno.

En cambio se imprimían y propagaban libremente en Francia toda clase de escritos y folletos que combatian más ó ménos descaradamente los derechos de la Santa Sede, y aun obras tan impías é inmorales como *Los Miserables*, de Victor Hugo, la *Vida de Jesus*, de Renan, y otras innumerables, no menos peligrosas para la tran-

quilidad de las conciencias, y aun para la paz pública.

Posteriormente la actitud y conducta del gobierno francés respecto al Concilio Vaticano justifican los graves cargos y las censuras que los católicos pueden lanzar contra Napoleon III.

En efecto; el 10 de Julio de 1868 el ministro de Cultos de Francia declaró en el Cuerpo legislativo que el gobierno no se opondría á la reunion del Concilio; pero despues, no contento con afirmar que el *Syllabus* contenia proposiciones contrarias á los principios fundamentales de la Constitucion francesa, sostuvo que la infalibilidad del Papa solo no era admitida por la inmensa mayoría del Episcopado y del clero francés, y que en sus relaciones con la Iglesia el gobierno tomaba por base el Concordato, los artículos orgánicos, que colocó en la misma categoría, y la declaracion del clero galicano en 1692, reservándose la más amplia libertad en un asunto tan erizado de dificultades.

La política interior de Napoleon III tampoco satisfizo nunca á los católicos. Bajo su reinado, Francia alcanzó un grado deslumbrador de progreso material; pero en cambio el progreso moral, ahogado bajo el peso de una política volterriana y de la atmósfera materialista y cor-

ruptora que se respiraba en Francia, atrajeron sobre aquella gran nacion la decadencia moral, verdadero origen de la ruina de las naciones.

Napoleon, en efecto, imponia silencio á los Obispos que sostenian la verdad contra su política invasora; suspendia los periódicos católicos que defendian los derechos del Altar contra las usurpaciones del Trono, y coartaba la libertad de las asociaciones católicas y caritativas, mientras sus ministros elogiaban en documentos oficiales á las lóggias masónicas y las concedian una libertad amplísima.

M. Persigay, ministro del Interior en Francia, en su circular de 16 de Octubre de 1861 sobre sociedades, decia lo siguiente:

“Establecida en Francia desde 1725 esta última (la franc-masqueria), no ha cesado, en efecto, de mantener su reputacion de benéfica, y cumpliendo siempre con celo su mision de caridad, se muestra animada de un patriotismo que no ha sido jamás desmentido en las grandes circunstancias. Los diversos grupos de que se compone, que no bajarán de 470, conocidos bajo el nombre generico de talleres, y las denominaciones particulares de lóggias, capítulos, colegios, etc., aunque no reconocidas ni legalmente constituidas, funcionan con calma en el país, y desde

hace mucho tiempo no han dado motivo á ninguna queja seria de la autoridad.”

Napoleon, en una palabra, fué el tipo perfecto del gobernante católico-liberal, que, noteniendo valor suficiente para sostener los fueros de la verdad y de la justicia, transige, por miedo ó por ambicion, con lo que se ha dado en llamar ideas ó exigencias de la época.

La justicia de Dios no podia dejar impunes tantos atentados, y Napoleon, despues de sufrir durante los diez y nueve años de su reinado amarguras sin cuento, tuvo un fin funestísimo, despues de haber perdido en un dia la corona, la victoria, la libertad y el predominio que como emperador de Francia habia adquirido en Europa, de cuyos destinos habia dispuesto á su antojo durante tantos años.

Desde el año de 1851 la policia francesa registró once tentativas de asesinato contra el Emperador, á saber: el de la máquina infernal de Marsella, el de Lille; el de la Opera cómica; el del Hipódromo; el de los contumaces y el de Tibaldi, Grilli y Bartolotti, que fueron descubiertos antes de su perpetracion, y el de Pianori; el del teatro italiano; el de la Opera; el del centinela que en Saint-Cloud le disparó su fusil, y el de Orsini.

la prensa católica publicó no hace mucho tiempo una extraña y misteriosa relación, procedente de París, en que se atribuía el último de estos atentados á haber faltado Napoleón III á ciertos compromisos que en favor de la unidad e independencia de Italia contrajo con las sociedades secretas italianas. En aquella relación se hablaba también de una entrevista misteriosa, celebrada entre el Emperador y un viajero extranjero que llevó una misión de las sociedades referidas y al cual pareció ofreció Napoleón cumplir su palabra en un breve plazo.

Ignoramos por completo la autenticidad de esta relación ó fábula; pero es lo cierto que desde que Napoleón inició su intervención en Italia en favor de Víctor Manuel y en contra de los demás soberanos de aquella Península, incluso el Papa, no volvió á atentarse contra su vida.

Napoleón contuvo así la mano omicida de sus hermanos, pero en cambio levantó sobre su cabeza la espada de la justicia de Dios, que al fin cayó sobre él con todas las señales de la cólera divina.

Su misma política preparó el castigo y el instrumento elegido por la Providencia para ejecutar su venganza.

El año 1870, celoso Napoleón del engrandecimiento de Prusia, aprovechó una ocasión y le declaró la guerra, lisonjeándose de que á los ecos de la *Marsellesa* marcharía triunfante hasta Berlín, é impondría las condiciones de la paz.

Así pensaba Napoleón, sin contar con la Providencia, que tenía dispuestas las cosas de otro modo.

Napoleón, que tanto necesitaba entonces de la protección de Dios, cambió arma tan poderosa por unos cuantos miles de soldados, y abandonó al Papa, retirando la guarnición de Roma y proclamando los principios de 1789.

La guerra comenzó por un encuentro sin importancia, favorable á las armas francesas; pero después el ejército prusiano marchó de victoria en victoria hasta París, sembrando de cadáveres los campos, cogiendo á centenares los cañones, haciendo prisioneros á cuerpos de ejército que por sí solos eran ejércitos numerosísimos, obligando á otros á la fuga ó á guarecerse en territorio extranjero, y por último, apoderándose de la persona del emperador de Francia, que, no teniendo valor para morir luchando, se rindió al vencedor, perdiendo en un mismo día la victoria, la libertad y el trono.

Aquel mismo día la Francia, abatida bajo la

pesadumbre, cayó en poder de la demagogia consecuencia ineludible, dada la política eminentemente liberal que por tantos años la habia dado una tranquilidad puramente material, á cuya sombra se propagaron errores cuyas últimas consecuencias eran ya inevitables.

En estos importantísimos sucesos ocurrieron ciertas coincidencias en las que todo hombre creyente no puede dejar de ver la mano de Dios.

El 2 de Setiembre de 1860, Napoleon III recibia en Saboya á Cialdini y le daba permiso para empezar la obra de la unidad en Italia.

El día 18 de Julio de 1870 se definia el dogma de la infalibilidad que tanto temia la política francesa, segun la célebre nota del Sr. Daru, y el día 19 del mismo mes y año estalló la guerra entre Francia y Prusia, que dió por resultado la caída del imperio napoleónico.

Por último, el general Du Temple, diputado por el departamento de Ille y Vilaine publicó en *El Ingaro* en 1872 la siguiente carta:

“VERSALLES, 24 de Marzo.

“Señor redactor: No pudiendo hacer que me oiga la Asamblea, y por consiguiente el país,

¡tendreis la amabilidad de permitir que me valga de la gran publicidad de vuestro periódico para dar á conocer en lo posible ciertas particularidades relativas á los últimos acontecimientos!

“No me dirijo á un periódico religioso; nadie lo leeria ni nadie le daria crédito, así como tampoco se creeria á un sacerdote si publicase lo que sigue:

“El día en que nuestras tropas salieron de Roma, ese día mismo y no el día anterior ni el día siguiente, sufrimos nuestra primera derrota, esto es, la derrota de Wissemburgo, y en esa batalla perdimos tantos hombres como habian salido de la Ciudad Eterna.

“El día en que el último soldado salió de Italia, de Civita-Vecchia, perdimos nuestra última y verdadera batalla, la batalla de Reischofen.

“El 4 de Setiembre de 1870, en que cayó la dinastía napoleónica, era el décimo aniversario del 4 de Setiembre de 1860, día en que Napoleon III, poniendo más las bombas de un nuevo Orsini que á Dios, concertó, en una entrevista que tuvo con Cavour, la unidad italiana y la destrucción del Pontificado.

“El mismo día en que los italianos aparecian á las puertas de Roma, los prusianos aparecian

á las puertas de París, y el mismo día quedaron sitiadas por completo ambas ciudades.

"Por otra parte, el día en que *La Journal Officiel* ponía en conocimiento de Francia que la Asamblea nacional pedía que se hiciesen rogativas públicas, anuncióse en un telégrama á Francia que un desconocido, Dacatel (y, en efecto, su nombre no fué conocido en realidad hasta el día siguiente), apareció en las murallas de París, y dijo: ¡Entrad!

"Y al cabo de ocho días, mientras se estaban celebrando rogativas públicas en Versalles, en la Iglesia de San Luis, ante la Asamblea nacional y el jefe del poder ejecutivo, el general MacMahon anunció en telégrama que la insurrección estaba completamente vencida, y en el momento mismo en que se elevaban al cielo las últimas preces, se disparaban tiros en el cementerio del P. Lachaise.

"Durante esos ocho días el ejército se portó con admirable decisión. No cometió ninguna falta, ni sufrió ningún descalabro en la difícil lucha que tuvo que sostener en las calles.

"En la actualidad tenemos ya á nuestro embajador en Roma.

"¡Ojalá que no tengamos que arrepentirnos

de haber sido más en la habilidad humana que en el poder de Dios!

"Recibid, señor redactor, la expresión de mi distinguida consideración.—*F. Du Temple*, diputado del departamento de Ille y Vilaine."

El día 8 de Febrero de 1871, Napoleón publicó un manifiesto á los franceses, en que decía que la fortuna le había hecho traición.

El 9 de Enero de 1873, á las once ménos cuarto de la mañana, el que había sido Emperador de la nación más poderosa de nuestro siglo y ser, bitro de los destinos de Europa y del mundo, falleció en su retiro de Chislehurst (Inglaterra) lejos de su patria y del trono que había usurpado para sí, y pretendía perpetuar en su familia.

XXVI.

Alcalá Zamora, obispo cismático de Cebu (Filipinas).

(MURIO AÑO 1873 DE N. S. JESUCRISTO.)

Entre los gravísimos males que la revolución iniciada en España en Setiembre de 1868, causó

á la Iglesia, aparecen en primer término el cisma de Cuba; el de los Ordenes militares; el de la jurisdicción castrense y el de la diócesis de Cebú (Filipinas); de los cuales, este último ofrecía mayores peligros que otro alguno, por haber encontrado los enemigos de la Iglesia en el Sr. Alcalá Zamora un presbítero que aceptara el nombramiento de Obispos para aquella diócesis, hecho por un gobierno anticatólico y contra todas las prescripciones del Derecho canónico,

La historia eclesiástica de este desgraciado, según la publicó una acreditada revista de Madrid (1), puede dividirse en tres períodos distintos.

1. Período de simple sacerdote, en el cual, prescindiendo de las tareas propias del apostolado, y olvidándose bastante del confesionario, el púlpito, la Iglesia y el estudio de la ciencia de Dios, ha dejado pasar años y años, procurando captarse la benevolencia de personas políticas, que no estaban ni podían estar en buena armonía con el Vicario de Cristo en la tierra.

(1) *El Consultor de los Párrocos*, núm. del 26 de Junio de 1873.

¡Servía á hombres que eran mortales, y no á Dios que es inmortal!

2.º Período de hombre público ó diputado, durante el cual se sentó entre los enemigos de la Iglesia, no protestó contra la expulsión de los Jesuitas y Faules, no dijo nada contra la criminal y sacrilega incantación de los archivos de las catedrales, no refutó á los que blasfemaban contra la Santísima Trinidad, no impugnó á los que intentaban calumniar tan impía como efectivamente á la Purísima Virgen, y por último, aunque por lo común usaba traje de seglar, se presentó con hábito de talar en el Congreso el día en que fué á votar la libertad de cultos. Como se vé, este género de vida, ni está conforme con la vocación eclesiástica, ni es á propósito para ganar almas para Jesucristo.

3.º Período de Obispo electo por un gobierno anticatólico, en el cual, aunque sus ideas fuesen otras, sus hechos han aparecido todos en abierta oposición con las leyes de la Iglesia.

La conducta, pues, del Sr. Alcalá Zamora iba encaminada á no disgustar al mundo. Pero ¿qué ha conseguido? ¿Deseaba el brillo de la mitra? ¿Pero no veía que la mitra no brilla sino cuando quien la obtiene vive y muere sometido á las leyes de Dios y de la Iglesia? ¿Ignora que

la mitra solo es causa de atroces remordimientos cuando, en vez de recibirse segun los sagrados canones, se toma de una manera sacrilega!

Por otra parte, ¿por qué no ha de pensarse en que la muerte puede venir hante que los honores que se ambicionan lleguen á poseerse?

Así fué: la muerte se encargó de impedir los desastrosos efectos del cisma, que eran de temer, á consecuencia de la toma de posesion del obispado de Cebú, para que habia sido presentado el Sr. Zamora, pero á cuya colacion canónica se negó el señor arzobispo de Manils.

Dios Nuestro Señor usó de su misericordia con las islas Filipinas, evitando los escándalos que se hubieran originado si, atropellando las leyes de la Iglesia, aquellos católicos y fervorosos isleños presenciaran atentado semejante.

Su última enfermedad ha sido una apoplejía fulminante; pero Dios, que es infinito en su poder y sabiduría, ha podido dejarle algunos instantes de lucidez para que comprendiese que se hallaba al borde del abismo. ¡Roguemos, pues, á Dios por su alma.

XXVII.

Urbano Ratazzi, ministro de Victor Manuel II.

(MURIO AÑO 1873 DE N. S. JESUCRISTO)

Hé aquí la biografía de este célebre revolucionario, hecha á grandes rasgos por el Padre Santo Pio IX en el discurso dirigido al Colegio de Cardenales el 21 de Junio de 1873, en el cual, lamentándose de los atentados que se cometian en Roma, dijo:

“¿No fué acaso un insulto contra la Religion ese paseo fúnebre para honrar á un hombre (Ratazzi) que nació católico, pero que ha muerto como incrédulo, privado de todo auxilio religioso, por las mañas de sus pérfidos amigos, quienes no omitieron medio para conseguir este objeto?

“Los peores periódicos se han regocijado con esta muerte, y unánimemente han exclamado:

"Murió como vivió." Harto cierto es esto, por desgracia: resaltan los hechos más anticristianos en su vida, que fué una no interrumpida serie de actos y esfuerzos contra la paz de Italia, la santidad de la Religión y contra esta Santa Sede. El trabajó el primero, hace ya muchos años, para la supresión de los Ordenes regulares del Piemonte, y dió aquí la última mano á esta obra. Llevado de su ódio contra el Sumo Pontífice, hizo gastar considerables sumas para la famosa expedición de Garibaldi, que terminó con los hechos de Mentana.

Con estas empresas y otras no menos malas, incurrió en muchas censuras bajo cuyo peso ha muerto, sin reparar los escándalos enormes dados á millones de católicos.

"Ya no existe, y ha entrado en la mansión de la eternidad. ¿De qué eternidad? Lo ignoro; pero si ha muerto como vivió, según aseguran sus amigos, una triste idea viene á la mente de los que reflexionan sobre el fin de este desdichado. No obstante, los juicios pronunciados ya por Dios nos son desconocidos; todos debemos acatarlos profundamente, y no es lícito investigar de antemano su resultado.

"Pero no puedo ocultar la penosísima impresión que he sentido al leer en ciertos periódicos

que su cadáver fué colocado con pompa en el templo principal de su país, sobre cuya puerta se había escrito que "la bondad infinita acogía en sus brazos al difunto."

Una correspondencia de Roma, que publicó por entonces el excelente diario *El Pensamiento Español*, decía á propósito de Ratazzi:

"Ratazzi: por su inteligencia político-liberal, por sus hechos revolucionario y por su calculada sangre fría, ora, en efecto, el alma de la verdadera revolución italiana, ó aquella que tiende á la destrucción completa de la Santa Sede, envolviendo en sus ruinas á la stirpe subalpina. Segaz ejecutor de las intrigas de corte, de ministerio y parlamentarias, lo mismo daba el brazo á Víctor Manuel, y recibía de sus manos una encomienda, que brindaba con Lanza á salud de la política moderada, ó preparaba un voto de confianza al ministerio que organizaba el club progresista para lanzar sus huestes en demostraciones funerarias contra el Quirinal, que entorpecía la marcha gubernamental, que ocasionaba las variadas crisis ministeriales, haciéndolas más dolorosas con impedir su resolución.

"Conocedor profundo de todos los misterios de familia del subalpino, y actor en gran parte de los mismos, teniale como prendido en la red

de sus secretos para convertir en política razziana las obligadas diferencias monárquicas. Apreciador del estado intelectual de Victor Manuel, de su ninguna instrucción, de sus resabios católicos, de sus aficiones democráticas y de su incurable propensión á desentenderse fácilmente del cuidado de los negocios públicos, había sido fácil á Ratazzi hacer de aquel estado una locura quijotesca, prácticamente traducida por el mejor de los Monarcas, el Rey caballero, defensor jurado del Estatuto, ántes la Corona trizas que faltar al juramento, etc., y además timbres con que el subalpino adorna sus firmas contra la Iglesia y contra el mismo Estatuto jurado; sin dificultad le amañaba Ratazzi en la enseñanza revolucionaria; con poca pena sostenía los sueños de conciliación en descargo de alguna remordimiento á causa de las bombas y espoliaciones; sin esfuerzo convertía aquellas aficiones en público descrédito de la dignidad monárquica, aun legraba que la mano agradecida de Victor Manuel, estrechase la de Ratazzi, en los grandes apuros políticos le dejaba en paz seguir los placeres de la caza, teatros, bailes, etc.; y probar que el peso de la Corona era más que snave en cabeza de un Rey con ninguna ocupación política y con sobradas de otro género. Y más que

astuto en mostrarse á cada momento como obrando sin ambición, por solo amor á la monarquía y á la patria, renunciando heroicamente el poder y dándose por dichoso en que otros aplicaran en política sus consejos, es como pudo Ratazzi crearse aquella posición independiente, para ser agasajado del subalpino, no temido de Lanza, siempre obedecido de la secta, y combatir á mansalva Iglesia y monarquía.

“Cuando pocas semanas ántes de su muerte se dijo que Pio IX estaba enfermo, Ratazzi, que no pensaba en que también él era mortal, ofreció regalar 500 francos al primero que fuese á anunciarle la muerte del Papa.

“Por aquellos mismos días, Victor Manuel y Ratazzi, paseando del brazo por los jardines pontificios del Quirinal, hablaban de la grave enfermedad del Papa, de su indudable muerte ántes de veinticuatro horas, de la necesidad de oponerse á sus consecuencias por medio de un ministro fuerte, que salvase á Roma del petróleo y á la monarquía del destronamiento.”

Pero ¡oh altos juicios de Dios! Ratazzi, el heredero de las glorias de Cavour, el lazo de unión entre la monarquía subalpina y sus demoleedores, el enemigo irreconciliable de la Santa Sede, el encargado de recoger la triste herencia de Lan-